

¿QUIERE USTED SER GUIONISTA Y ARTISTA DE CINE?

BAJO LAS SIGUIENTES BASES:

A) CONCURSO DE ARGUMENTOS CINEMATOGRAFICOS

1. El argumento conteniendo la idea para un guión cinematográfico deberá tener una extensión no superior a dos folios mecanografiados por una sola cara y a doble espacio.
2. La idea —original e inédita— deberá ser humorística.
3. Podrán concurrir cuantos lo deseen, profesionales o no. Los autores deberán indicar su nombre y domicilio. Si así lo desean, los autores podrán indicar también un seudónimo con el que aparecería firmado su trabajo.
4. Los argumentos seleccionados por nuestra Redacción, de entre los recibidos, se publicarán semanalmente, y cada uno de sus autores percibirá la cantidad de 5.000 pesetas.
5. Al final del concurso y dentro del presente año, un jurado de profesionales presidido por Summers, decidirá el argumento premiado entre los ya seleccionados y publicados, de conformidad con la base precedente.
6. El vencedor del concurso deberá escribir un guión literario, desarrollando su idea en una extensión no inferior a 40 folios mecanografiados a doble espacio y por una cara. Su entrega se realizará en un plazo no superior a dos meses, desde la fecha de la concesión del premio.
7. A la entrega del guión literario, el autor percibirá la cantidad de 100.000 pesetas.
8. Summers se compromete personalmente a realizar y dirigir el guión definitivo durante el año siguiente al de la concesión de los premios.
9. El autor premiado, una vez realizada la película, percibirá los derechos de autor que puedan corresponder por su aportación al guión definitivo, que será realizado por Summers y Chumy-Chúmez, con libertad total para hacer cuantas modificaciones estimen convenientes para su filmación.
10. El concurso no podrá ser declarado desierto.

B) CONCURSO PARA ESCOGER ACTORES QUE PROTAGONICEN LA PELICULA

1. Podrán participar cuantas personas lo deseen, profesionales o no.
2. Serán escogidos los dos protagonistas principales y dos papeles secundarios.
3. Los participantes deberán enviar una fotografía de su rostro y otra de cuerpo entero, con la anotación en el dorso de su nombre y dirección, experiencia profesional si la tuvieren y cuantos datos crean convenientes para completar la información sobre sus cualidades y experiencias artísticas.
4. Los vencedores cobrarán 100.000 pesetas cada uno, los protagonistas, y 50.000 los actores secundarios.
5. Los vencedores del concurso actuarán en la película que Summers se obliga a dirigir sobre el argumento premiado en el concurso anterior.
6. HERMANO LOBO, que limite su actuación en este concurso a servir de medio de difusión del mismo, publicará, con la frecuencia que permita la selección de los actores elegidos, sus fotografías y deseos profesionales.

Envíenos sus fotos y trabajos cuanto antes a:

HERMANO LOBO.

Plaza del Conde Valle de Suchil, 20. Madrid-15.

Escribiendo en el sobre «Para el concurso ¿QUIERE SER USTED GUIONISTA Y ARTISTA DE CINE?».

ARGUMENTO SELECCIONADO N.º 25

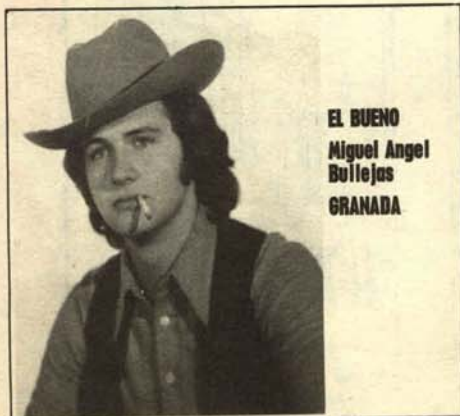
EL FIN DEL MUNDO

Se despertó como todos los días y llamó al timbre, pero no contestó nadie. Irritado volvió a llamar, tampoco tuvo respuesta. «Se habrá muerto la criada», pensó, levantándose. Se asomó, en batín, al pasillo y el silencio más alarmante contrastaba con la animación diaria de oficinistas que van a sus trabajos. Esto le extrañó: se afeitó rápidamente, y sin bañarse se vistió, para salir a la calle, pero antes, sorprendido su oído por el extraño silencio, se asomó a la ventana: ante él, Nueva York, completamente inmóvil y desierta. Esto le dio un inusitado escalofrío: «¿Qué puede haber pasado?». Bajó en el ascensor los veinte pisos que le separaban de la calle y miró a su alrededor: desierto completo, nada. Sólo los pájaros le daban la bienvenida, más libres que nunca. Coches, bicicletas, puestos de periódicos vacíos, hoteles sin portero, portales sin conserje, encrucijadas sin policía, semáforos muertos. Su primer pensamiento fue: «¿Y dónde están los cadáveres? ¿Tanto sueño tendría que no oí la explosión atómica?». Fue probando portezuelas y cuando se abrió una entró y condujo el cochazo plateado a la casa donde vivía su amigo: se bajó, entró, subió por el ascensor, llamó: nadie contestaba; volvió a llamar. Finalmente, sintiéndose desesperadamente libre, echó abajo a patadas la frágil puerta del apartamento suburbano: vacío todo; con el corazón en un puño corrió al teléfono: número tras número, pero nada, absolutamente nada: las llamadas sonaban al vacío. Llamó a la Casa Blanca: nada. Esto era imposible. Sólo pájaros por el aire. Mientras resolvía aquello fue a la alacena de su amigo, rebuscó: pan con foie-gras regado con una buena ginebra y mucho hielo. Aquel líquido, burbujearo, parecía más vivo que todo lo que le rodeaba. Aún perplejo, pero reanimado por el alcohol, volvió al coche. «¿Qué diablos, cambiemos de jaca». Fue en busca de un coche mejor y lo encontró: un inmenso Dogde de magnate del petróleo le condujo majestuosamente por una Nueva York desértica; se metió luego por Statlen, en busca de multimillonarios vivos, pero nada, nada. En un aeropuerto particular, recordando sus años de piloto y sintiendo ganas de llorar ante tanta soledad inesperada, se subió a una reluciente avioneta particular de dos plazas y sobrevoló horas y horas Nueva York entera, a sus pies. Luego descendió y fue andando por las avenidas, entrando y saliendo por casas y mansiones, forzando despensas y neveras, bodegas y cajas fuertes. El paisaje bailaba en torno a su creciente borrachera, con los bolsillos llenos de dólares nuevos. Durante dos días se dedicó a estrellar automóviles contra paredes, apostándose a sí mismo que, para cuando despertara, ya habría acabado con todos los coches caros de Nueva York. Adentro, aprieta el acelerador y: «¡zas!», parando justo antes, nada más que para demostrarse a sí mismo lo buen conductor que era, borracho y todo. Se pagaba multas a sí mismo y ya había perdido millones apostándose a sí mismo que todo aquello era una simple pesadilla. ¡Zas!, otro coche desmoronado contra una mansión prócer. Así le cayó la noche —la segunda— y se quedó dormido en la alcoba de Dios sabe quién, mujer u

homosexual, apestando a perfume caro, empapado en champán el lecho y montículos de caviar sobre la alfombra. Despertó bien entrada la mañana, ya sereno. Recapacitó: «Esto es absurdo, tiene que haber pasado algo». Sistemáticamente fue telefóneando ciudad tras ciudad, estado tras estado, Londres, París, Roma... Nada, silencio al otro extremo del hilo. Un cacareo le produjo un sueño erótico: cazaba a la gallina, la desplumaba y salía una mujer desnuda bajo las plumas. Pero eso no valía, había que hacer algo: «¡Soy el único hombre sobre la tierra!». Fue de nuevo de casa en casa, de bodega en bodega, de despensa en despensa, de alcoba en alcoba, llenas aquéllas, vacías éstas. La melancolía iba infiltrándose con el alcohol: «Qué porvenir el mío, solo...». Podría dedicar el resto de su vida a escribir la historia del mundo para futuros visitantes extraterrestres, provisiones le quedaban, pero qué horror la lenta vejez completamente solo. Un leve ruido le demudó: se volvió, no era nada. Sistemáticamente fue registrando el rascacielos en que estaba, abriendo cajones, averiguando nombres y secretos. Descolgó un Modigliani auténtico, un desnudo con la piel color marfil viejo, y fue, con él bajo el brazo, de apartamento en apartamento, sintiéndose menos solo. Pero las horas se le echaban encima: la vida es corta, las horas largas... Cuando se vio de nuevo en la calle, a la media tarde de un día de otoño, la terraza altísima del rascacielos parecía llamarle, y el cuerpo dolerle. Desechó de sí la idea y siguió su búsqueda, ya sin esperanza. Así pasaron dos días más, y sólo el desnudo de Modigliani, con su piel color marfil viejo, le acompañaba. Cambió de traje, ya algo arrugado, probándose cuidadosamente varios antes de elegir el que le iba bien: el desnudo de Modigliani parecía sonreír, aprobador. Puso la mesa para dos, con cubiertos de plata y mantel de encaje. Vasos largos para el champán, planos para el Burdeos. El desnudo de Modigliani, inapetente, lo dejó todo sin comer, sólo un poco de langosta, una gota de sopa, una piltrafa de crepes que le quedaban pegados donde él se las había puesto. El, sin embargo, comió y bebió copiosamente, preparándose como es debido para hacer el amor con el desnudo de Modigliani, que le esperaba impaciente. En su mente, ya ofuscada, cobraba forma una decisión irrevocable. La última botella fue galantemente repartida: media fue gañote abajo y la otra media lienzo abajo: las carnes marfil viejo relucían más y encendían en él deseos imposibles de saciar. Finalmente, terminada la cena, galante, él cogió al desnudo de Modigliani del brazo y subieron ambos lentamente, piso tras piso, hasta la azotea; allí él cogió una cuerda y se ató el desnudo de Modigliani de modo que los pechos aún empapados de champán le tocaban su pecho desnudo. Cerro los ojos, murmuró algo que ni él mismo entendió y dio el salto. En los pocos segundos que duró aquello tuvo un instante de desesperación total: insistente, inconfundible, el teléfono del piso treinta y siete le llamaba chillón justo cuando él y su desnudo achampanado pasaban junto a la ventana abierta.

SAJA

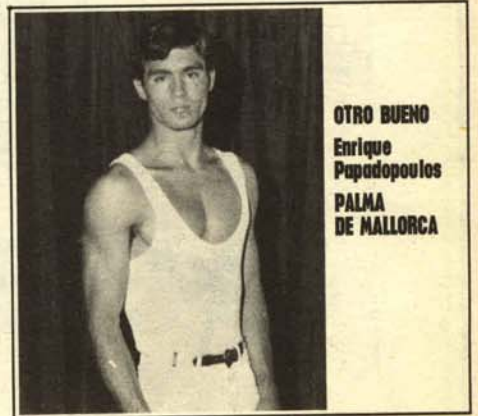
ACTORES SELECCIONADOS N.º 19



EL BUENO
Miguel Angel
Bullejas
GRANADA



LA BUENA
Mercedes
León
García
MALAGA



OTRO BUENO
Enrique
Papadopoulos
PALMA
DE MALLORCA